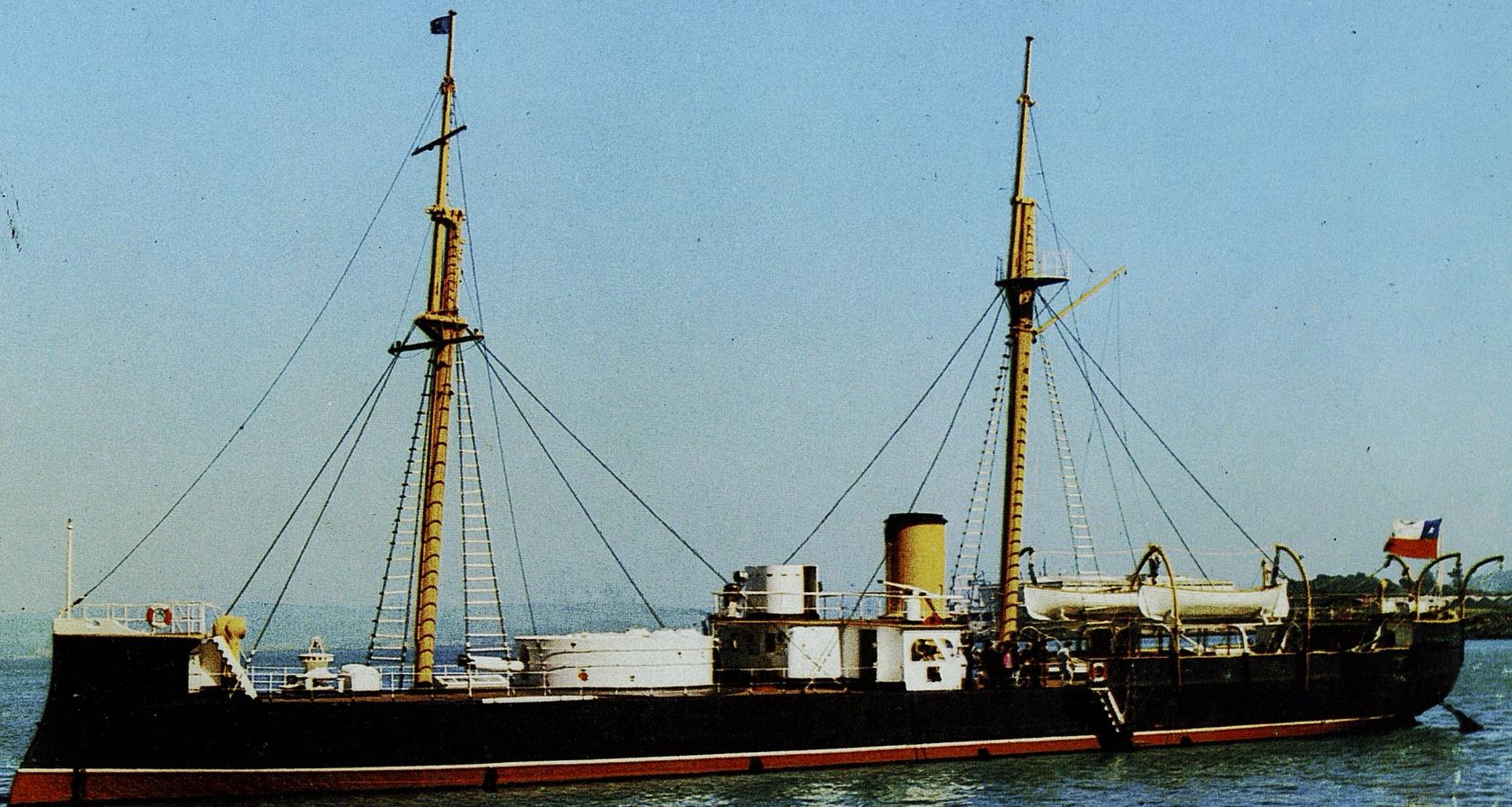


en viaje

SANTIAGO DE CHILE - N° 427 - MAYO 1969

E° 3,00

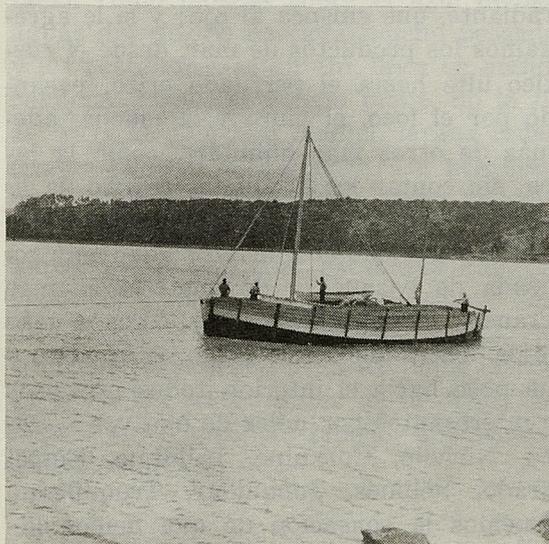
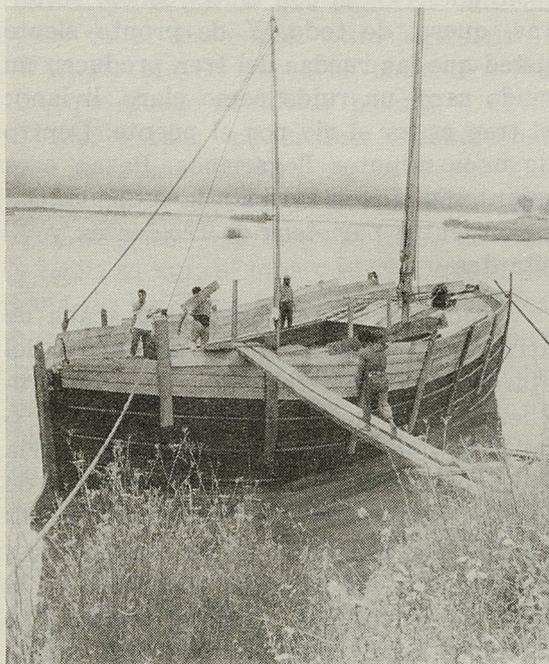
"EL HUASCAR" Fotocolor: RICARDO VASQUEZ



UN VIAJE A CONSTITUCION

por MANUEL ROJAS

Lancha maulina preparándose a zarpar rumbo al Perú



Fotos: SAMUEL ROJAS A.



La piedra de la iglesia

El tren sale de Mapocho a las 13,45 horas. Si usted tiene suerte y le toca un automotor, viajará "a la cocheguagua", bien sentado en un asiento altamente anatómico; no sentirá el viaje: con una revista, o con un librito, algún amigo o amiga, dos o tres bocadillos para el camino, se sentirá como un rey de los Ferrocarriles. Poco después de partir, el tren entra a un túnel, pero usted no deberá asustarse: volverá a surgir al sol, aunque para meterse en seguida a otro túnel, del cual también saldrá. Y, a todo esto, llegará a Alameda. Subirá gente, gente con niños de todos los tamaños, desde adolescentes hasta lactantes, con paquetes y hasta canasto con "cocaví". Después, adiós a Santiago.

Viene el campo, vienen los ríos, los flacos ríos del valle central, con más piedras que agua, con un cauce que les queda demasiado grande, pero ya vendrá la nieve y vendrá más agua, paciencia. El tren para en algunas estaciones: vuelve a subir gente. A la altura de Curicó, ya está completo, listo. Es un tren que llega hasta Talca, lugar al que usted llegará comiendo la última tortita de Curicó que le queda. Hay que bajarse. Aquí trasbordamos.

En el nuevo tren, un automotor también sumamente cómodo, usted se encontrará con más gente, gente que ya está instalada en él: ha venido desde Constitución o de otro punto del ramal o de otra ciudad sureña y ha llegado antes que usted; pero usted tiene pasaje con asiento numerado y se sienta donde debe y se ríe de los peces de colores. Parte el convoy y usted mira: viaja por la hoya del río Maule y hay que mirar, pues esto no se ve a cada rato. Claro es que el río no se ve, pero no importa: se verá; está ahí desde antes que usted naciera, desde antes que naciera su padre, desde antes que llegara el primer español a Chile, desde antes que naciera Fernando I, el Grande, mucho tiempo antes de que naciera otra gente más antigua.

Pero el tren camina. Pasa una estación y otra y llega usted a la de González Bastías, ex-Infiernillo, cambió de nombre debido a que en ese lugar vivió toda su vida un poeta de la región, Jorge González Bastías, cantor de las tierras pobres. Y sigue y el nombre de algunas no le dice nada a usted: Güenón, Porell, Maquegua, Rancho Astillero, Curtiduría, etc. Se vislumbra el río, se ve claridad enfrente, hasta que alguien grita: ¡El río! Sí, aquí está el Maule, uno de los ríos más hermo-

sos de Chile: mírelo a su gusto y mírelo mucho; ya está atardeciendo y pronto no se verá sino el resplandor del río.

VERSOS PARA EL RIO MAULE

El Maule, al que se ha llamado Mauri, Maulli y Mauli, nace en la laguna del mismo nombre, a 2.233 metros de altura, con un color casi turquesa, cerca del límite con la República Argentina; su curso tiene una longitud de doscientos quince kilómetros y su hoya hidrográfica cubre veintiún mil quinientos kilómetros cuadrados; su caudal medio anual alcanza a cuatrocientos metros cúbicos por segundo. Durante su viaje hacia el Pacífico recibe el caudal de muchos ríos, entre ellos dos ríos Claro, uno antes de Talca y otro más allá de esta ciudad; recibe también el Me-

lado, el Invernada, el Loncomilla, formado por la unión del Longaví y el Perquilauquén, y varios esteros. Es un río histórico; dividió y divide en dos el valle central y fue el límite sur de la conquista de los incas. Su anchura, infranqueable en aquella época, detuvo a los hombres del norte. Durante un tiempo se le cruzó por algunos vados no siempre seguros y por medio de balsas de caña o de paja; sólo en 1876 lo cruzó un puente ferroviario y en 1888 uno carretero. Ha atraído a pro-sistas y a poetas, a Mariano Latorre, cuyo primer libro se tituló "Cuentos del Maule", a Jerónimo Lagos Lisboa, que lo nombra en uno de sus poemas, y a otros. ("Parte el tren, y el vocerío / se dispersa. ¡Adiós, poeta! / Queda la tarde violeta / desnudándose en el río. / Rueda el convoy por la esquiva / falda gris de la montaña. / La tarde en el Maule baña / su tristeza. Pensativa / pasa el agua. Du-

da el viento. / Y el arbolado. Al vagón / torno el rostro. ¡Cómo siento / la tarde en mi corazón! / No hagas ruido, pensamiento. / La tarde está en oración". J. Lagos Lisboa, "Apunte", dedicado a Jorge González Bastías).

Mientras usted lee estos versos y yo recuerdo a unos famosos y ya desaparecidos hombres, los llamados guanayes, que hasta hace unos años remontaban el río hasta muy adentro en lanchas de seis remos, trayendo y llevando mercaderías y frutos del país, mientras tanto, ha oscurecido y el río ya no es más que un resplandor en medio de la noche. Han pasado estaciones alumbradas sólo con lámparas de carburo —la electricidad de El Abanico no ha llegado hasta esos puntos— y ha subido al tren un mundo de personas que traen canastos, canastitos, paquetes, paquetitos, cajones, cajas de cartón amarradas con cáñamo: es gente de Constitución, que regresa con fruta, pollos, verduras, queso, de todo. Y de pronto siente usted que las ruedas del tren producen un ruido raro, un ruido como claro, liviano: el tren cruza el río por el puente. Dentro de unos minutos llegaremos. Pasan esos minutos y el tren arriba a la estación. Bajamos entre parloteos de residentes y visitantes.

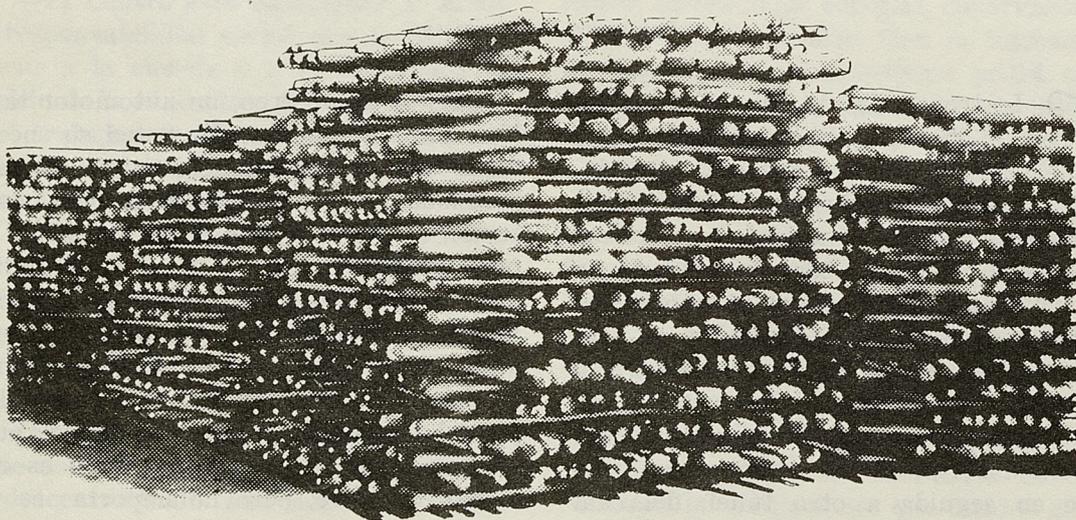
Toda esa región que usted acaba de atravesar en medio de la penumbra del atardecer, es increíblemente rica en productos de la tierra: produce los más exquisitos vinos, entre ellos el pipeño, gloria de los paladares golosos; el aguardiente de Coipué, perfumado —el "roto-sour" resulta algo casi femenino, no un femenino decadente sino un femenino exultante—; la uva, de Curtiduría, famosa, rosada, de increíble sabor, que produce una chicha radiante, que chispea al ojo; y si le agregamos los productos de mar, desde el rústico ulte hasta el perfilado erizo, pasando por el loco, el piure y la macha, además de otros más humildes, como la lapa, sin contar los productos del río, la lisa, el róbalo y el pejerrey, tenemos junto con la seguridad de que esa ciudad está rodeada de bosques y de pueblecitos, más grandes o más chicos, más cerca o más lejos, distribuidos a lo largo de la costa o un poco hacia el interior, todos preciosos e interesantes por miles de motivos —Putú, Nirivilo, Curanipe, Pelluhue, Empeñado, Pellines, Junquillar, Truquilemu, tenemos la sensación de que hemos llegado a un lugar en donde, si no se tienen pesadumbres físicas, económicas o morales, la vida podría fluir como el río, tranquilamente, hasta desaparecer.

El día viernes amanece como un diamante, claro, brillante. Usted puede optar a varios paseos: ir a ver las grandes rocas que se alzan a una mano de la playa, monumentales todas, sentarse o tenderse en la playa de Calabocillos, ir al río a remar o navegar o sólo a mirar, o subir al cerro Mutrún, de cerca de cien metros

EL INCOMPARABLE

CIPRES DE LAS GUAYTECAS

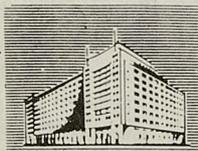
CIPRES y ALERCE de CHILOE



**Centrales y Cabezales para Viñas
Postes para Cierros en todas las medidas**

**HAGA SU PEDIDO ANTES
QUE SE AGOTEN!!**

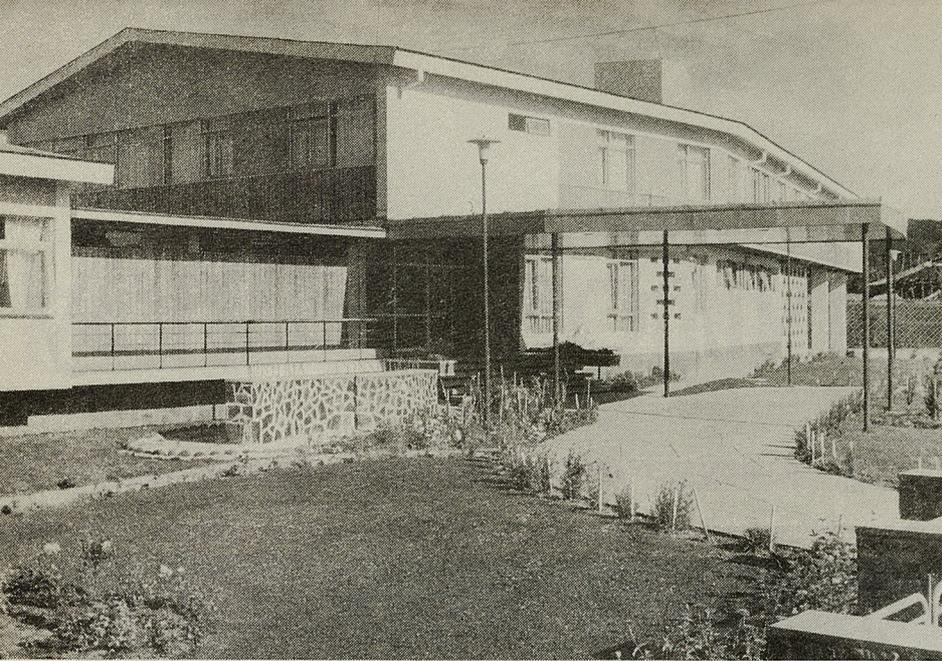
DEPARTAMENTO AGRICOLA Y COMERCIAL



BANCO del ESTADO

Ayuda a vivir mejor

PUBLICITAS



La moderna hostería Honsa de Constitución



El río Maule, próximo a su desembocadura

de altura, lleno de pinos, grueso. (Ni usted ni yo sabemos qué significa Mutrún, pero en el diccionario etimológico de D. Walterio Meyer Rusca se encuentra mutri, que puede significar picante o agrio, o bien gordo; me inclino, inclinémonos, por la última versión, por lo menos hasta que aparezca una mejor). Desde el Mutrún se puede ver la costa hacia el norte y hacia el sur, el mar y el río; queda encima de La Poza, cerca de la desembocadura. Vamos. La subida es pesada, pero hay que hacer algún ejercicio. Ya arriba, nos encontramos con que el mar está cubierto de bruma y se ve apenas la costa; en cambio, se ve muy bien La Poza, que allí tiene cerca de un kilómetro de ancho y una profundidad media de dieciocho metros, niño y criadero de las más exquisitas lisas y de los no menos ricos róbalos. Está llena de botes inmóviles, que se destacan como moscas sobre el azul de las aguas del río. Se necesita mucho pescado y los pescadores están ahí, línea en mano, rogando porque el róballo pique, no la lisa, para la cual han tendido largas redes dentro y fuera de La Poza. Un pesquero va de acá para allá. Buen paseo ha sido éste. Miremos los restos del molo o de los molos que se pretendió establecer ahí, hacia el sur y hacia el norte, y bajemos. Las cachambas fritas nos esperan. Antes, sin embargo, vayamos a saborear unos mariscales en los restaurantes de la orilla del mar. Vino blanco, no pipeño, que parece haberse agotado.

EN EL JARDIN DE LA SEÑORA ESTER

DESPUES de almuerzo, y luego después de descansar un momento en el jardín de la señora Éster, —nuestra anfitriona—, jardín en donde usted puede hallar desde rododendros y azaleas hasta copihues blancos, amarantos y camelias apretadas de botones, nos vamos a la orilla del río; lla-

mamos un botero, uno que tiene un bote con el nombre de **Atlas**, y nos embarcamos en dirección a Quivolgo, al otro lado del río. Damos la vuelta por la punta occidental de la isla Orrego, vemos cómo parte la balsa con automóviles, caballos y personas y atracamos y desembarcamos como monos, pues el desembarcadero tiene las peores condiciones; paciencia. Decimos al botero que vuelva a tal hora y nos dirigimos hacia unas rocas de la orilla. De pasada ve usted un grupo que escarba en la arena negra de la orilla y usted va y encuentra allí a varios hombres con facha de pescadores aficionados o profesionales, y uno de ellos, tocado con una gorra de oficial de marina, se sienta en un muro de piedra y saca de un tarrito un montón de arena que parece moverse. ¿Qué es eso?, pregunta usted. Lombrices, patrón, le contestan. ¿Cómo las de tierra? Sí, pero éstas caminan "religero": tienen patas. Son lombrices para los anzuelos. Un momento después el hombre se embarca y rema en dirección a La Poza. Muy buena tarde a la orilla del río.

Pero el paseo digno de usted y de nosotros, digno de todos, es el del día sábado, último día, pues mañana tendremos que irnos a mediodía: un paseo en lancha hasta Rancho Astillero, diez kilómetros río adentro. El día está otra vez precioso y usted mira: saltan las lisas, vuelan los cuervos y los cáhuiles, pasan quebradas y caseríos. De pronto usted nota que han desaparecido los bosques artificiales de pino, reemplazándolos unos bosques de árboles medio dorado y medio verde profundo. ¿Qué árboles son esos?, pregunta usted a un hijo de Constitución, que viaja con nosotros. Son robles, contesta. ¿Robles? Sí, todavía quedan algunos bosques de robles, los que escaparon a las hachas de los españoles y de los criollos. Son hermosos en verdad, los robles de Mariano Latorre y de Luis Durand ("La cordillera costeña no fue, a la llegada de los españoles, el estéril amontonamiento de cerros, cortados por vegas y vallecitos fértiles de

hoy. Una selva tupida y verdinegra vistió las redondeadas lomas, los puntiagudos cerros y desbordó de follaje en las quebradas. Rey de esa selva era el recio roble maulino, a quien el negro terrón dio casi consistencia de acero". M. Latorre, "Elogio del Maule").

Después de cerca de dos horas de marcha, llegamos, nos ponemos un traje de baño y ¡al agua! Usted hace unas cabriolas, se da sus chapuzones, ríe, goza, se tuesta con el todavía brillante sol de este otoño, se viste y queda como unas pascuas. Después vamos hacia una especie de restaurante que hay allí y encontramos a decenas de personas comiéndose todos los pollos que existen en una legua a la redonda. Son gente que ha ido a comer. Usted y nosotros tomamos un vinito y volvemos a Constitución. Mañana a las 12 M. volveremos a Santiago. Y si a usted no le ha gustado este paseo, deberá comprarse un jet, como Frankie, e ir a pasar el próximo fin de semana a Sevilla. Tal vez lo pase usted mejor, aunque lo dudo. El Maule es un rey irremplazable.

Playa de Calabocillos

